

PALABRAS PRONUNCIADAS POR VICTOR FLORES OLEA

PRESIDENTE DEL

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

DE MEXICO

EN LA REUNION DE

MINISTROS DE CULTURA DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

BRASILIA, 10-12 DE AGOSTO DE 1989.

SEÑORES MINISTROS;

SEÑORAS Y SEÑORES:

Sean mis palabras iniciales para agradecer al pueblo y al Gobierno brasileños la generosa hospitalidad con que nos han recibido, su cálida bienvenida a quienes tenemos la oportunidad de asistir al Primer Encuentro de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe. Brasil, país plural por excelencia, de ricas y variadas tradiciones y pujante creatividad es un marco especialmente adecuado para esta reunión. Confío en que en tal escenario los resultados de nuestros trabajos corresponderán a las expectativas de las naciones latinoamericanas y caribeñas y a la importancia que el foro reviste para el desarrollo de nuestra región.

Hablar de cultura en América Latina es referirnos a aquello por lo que somos, al elemento que nos define, a la condición de nuestra identidad. El vasto patrimonio cultural que tenemos nos

permite reconocernos como ciudadanos de una gran patria común. La historia compartida nutre estas afinidades, que distinguen a las naciones latinoamericanas de los demás pueblos del mundo y que hoy impulsan con vigor el proceso de la integración y la unidad.

La cultura latinoamericana tiene múltiples raíces y es, a la vez, la suma de una amplísima gama de manifestaciones distintas, propias de cada comunidad. Culturalmente somos plurales y mestizos. Por eso tenemos la capacidad de comprender a otros, de asumir y recrear sus manifestaciones intelectuales y artísticas y también de aportar al mundo formas originales de vida y expresión. Tal es el signo simultáneo de nuestra universalidad.

Nuestro mosaico cultural es resultado de una síntesis muchas veces dolorosa. La tradición de occidente, el universo prehispánico, el influjo del mediterráneo musulmán y la herencia del África negra forjaron la intrincada amalgama de un proceso

que implicó el dominio colonial en sus distintas versiones. No debe extrañarnos, entonces, la tenaz reciedumbre de nuestra cultura y su vocación de libertad. En América Latina y el Caribe cultura es sinónimo de capacidad de resistir, afán de soberanía y lucha por la democracia.

En la región, cultura y política se imbrican indisolublemente. El desarrollo cultural, es decir la conservación del patrimonio, el estímulo a la creación y la difusión amplia de los bienes del arte y la cultura, son premisa básica del avance político y supuesto imprescindible de la independencia nacional. El sometimiento al tirano o la hegemonía extranjera es siempre el destino de los pueblos que pierden la memoria o el genio de la imaginación.

Los latinoamericanos cobramos conciencia y orgullo de ser en la obra y monumentos de quienes nos precedieron. Nuestra mayor riqueza consiste en la inagotable creatividad de los hombres y mujeres de estas tierras. Con tal certeza, mas allá de rupturas,

crisis y dificultades, enfrentamos ahora el reto de preservar y enriquecer los valores que trazan el perfil de América Latina.

Tenemos ante nosotros un horizonte preñado de nuevos desafíos. En la actualidad, los países latinoamericanos atravesamos un período de rápidas transformaciones que reflejan también el profundo cambio que se vive en todos los rincones del globo. El vertiginoso adelanto de la ciencia y la tecnología, con el consiguiente desarrollo de los medios de comunicación, y la globalización de la economía internacional, han borrado las fronteras que separaban a los Estados. La interdependencia, una interdependencia cada vez más estrecha, marca el presente y el futuro ineludible del género humano.

En ese espacio que me atrevo a calificar de inexplorado, que por sus rasgos políticos, económicos y sociales no tiene precedentes, América Latina busca un papel en la historia. La alternativa, quizás simplificando, parece radical: o los latinoamericanos

asumimos el carácter de sujetos de nuestra historia o en ella cumpliremos sólo una función pasiva, seremos meros objetos de otra u otras voluntades.

Ante el dilema, América Latina ha optado por la vía de reemprender los esfuerzos de integración y coordinación a fin de avanzar hacia la necesaria modernización de su economía y sentar las bases de un desarrollo sostenido. Al mismo tiempo, para acrecentar capacidades de negociación, recurrimos al establecimiento de foros de consulta y concertación política. En el terreno de la cultura, sin embargo, aun no alcanzamos logros semejantes.

La inercia, aquí, acarrearía severos deterioros. A lo largo y a lo ancho del orbe, medios de comunicación e información amenazan con imponer una reproducción mecánica de los modos de pensar y de sentir. Si se soslaya la difusión de la cultura, si desdeñamos la protección del patrimonio histórico y artístico, si se relega el

imprescindible aliento a la creación y la creatividad, los pueblos extravían su identidad y ven minada la aptitud de crítica que sustenta, en definitiva, cualquier posibilidad de progreso social.

Más aún, la unidad política y económica de América Latina sólo resulta viable a partir de una firme identificación cultural. Cuando se trata de forjar una patria no basta la simple convergencia de intereses. Se requiere, además, compartir valores y propiciar la solidaridad del espíritu y de la voluntad que exige la construcción de un destino común.

Señores Ministros:

En definitiva, para América Latina en su conjunto y para cada una de las naciones latinoamericanas no hay proyecto alguno, político o económico, que no sea sobre la base de un proyecto cultural. De ahí la relevancia de este encuentro, que constituye el punto de partida de una nueva etapa de la cooperación

interregional.

Las tareas que tenemos por delante, en esta reunión y en el inmediato futuro, son múltiples y son complejas. Se trata, ciertamente, de una oportunidad extraordinaria de intercambiar experiencias y concertar grandes líneas en torno a la política cultural de nuestros países. La proposición fundamental nos parece clara: la efectiva posibilidad de crear y recrear los bienes del arte y la cultura es, para todos los latinoamericanos y caribeños, elemento irremplazable de una vida digna y requisito de nuestro desarrollo global.

Este encuentro, aunque pionero, no ha de ser excepcional. Nuestros trabajos piden continuidad. Por ello, otorgamos especial significado a la iniciativa para establecer un foro permanente de Ministros de cultura de América Latina y el Caribe. A nuestro juicio, aquí, en Brasilia, tendríamos que convenir la periodicidad de nuestras reuniones. Pienso entonces que un

eficaz seguimiento de acuerdos y su oportuna evaluación reclaman un diálogo anual.

Quiero aprovechar la ocasión para reiterar a ustedes, señores Ministros, la invitación del Presidente de México, Carlos Salinas de Gortari, a fin de que el próximo año, en la capital de mi país y en el marco de este foro, sostengamos nuevas conversaciones. Así lograremos la indispensable secuencia de nuestra labor.

Es preciso señalar además que su resultado no debiera limitarse al acuerdo sobre las líneas generales de nuestras políticas culturales o los mecanismos institucionales de consulta y concertación. Parece imprescindible que conviniéramos proyectos concretos de cooperación e integración cultural que gradualmente, y con efectos acumulativos, nos conduzcan en la práctica a la unidad latinoamericana.

La formación de un mercado común de bienes culturales, a fin de garantizar su libre circulación en el territorio de todos los

países latinoamericanos y caribeños, representaría un paso decisivo en esa dirección. Sabemos bien, empero, que una empresa semejante sólo puede acometerse de manera gradual y escalonada, con el propósito de conciliar paulatinamente intereses distintos. Debemos reconocer, eso sí, que el proceso de asociación rara vez es espontáneo: demanda siempre voluntad política para alentar la integración.

En este punto no partimos de cero. El año pasado, en el seno de la ALADI, suscribimos un Acuerdo de Alcance Parcial, abierto a todos los países de la región y que se refiere, entre otros bienes culturales, a los libros, películas cinematográficas, discos, videos y obras de arte. La adhesión de los Estados que aún no lo han suscrito contribuiría, ciertamente, a su mayor efectividad.

Sin embargo, advierto que dicho Acuerdo no basta. Es conveniente, asimismo, considerar la idoneidad del foro. En las negociaciones de la ALADI prevalece un enfoque comercial que

en ocasiones anula otras perspectivas, específicamente el punto de vista de la cultura, del arte, de la difusión del pensamiento y la creación. ¿No sería provechoso, entonces, que también en este foro de Ministros de Cultura examináramos el problema y las medidas a adoptar, probablemente a través de un grupo de expertos que en su oportunidad entrara en contacto con los especialistas de ALADI?

El libro, vehículo privilegiado de las ideas, merece particular atención. La solidaridad entre nosotros supone una comunicación intensa y reflexiva, la comprensión cabal que genera la palabra escrita. Es urgente, en consecuencia, un compromiso que asegure en América Latina el comercio libre de toda suerte de impresos. Por supuesto, las cuestiones involucradas no son de fácil solución. Siguiendo la idea expuesta anteriormente, estimo que en este encuentro podríamos lanzar la iniciativa de convocar a una reunión de especialistas que abordara tal asunto con el ánimo de convenir un arreglo global

y definitivo.

Algo similar sucede por lo que hace al material cinematográfico. En tal aspecto, existen ya entendimientos bilaterales para otorgar a las películas el beneficio de la doble nacionalidad. Esperamos que en Caracas, el próximo mes de octubre, en el Foro Iberoamericano de Integración Cinematográfica, se confiera a tales acuerdos alcance multilateral.

El tema de las industrias culturales tendría que ser objeto, igualmente, de un esmerado análisis. El hecho es que la rapidez del cambio tecnológico tiende a acentuar la dependencia de América Latina. En materia de video, discos y videodiscos, y en general de la producción de insumos para grabación, nuestros países no parecen tener otro camino que el de sumar esfuerzos, aprovechar ventajas y desarrollos relativos, a fin de avanzar en la autonomía de la región. El diseño de proyectos concretos, en los que participen los Estados inmediatamente interesados, tendría que emprenderse con la mayor celeridad.

Por otro lado, ha de recordarse que en la tradición latinoamericana el encuentro de nuestros artistas y creadores --su descubrimiento mutuo y la plena conciencia de los problemas de la región-- se ha producido muchas veces, con increíble frecuencia en este siglo, en otros países y en otras latitudes. ¿Por qué en adelante no hemos de propiciar estos encuentros de las nuevas generaciones de talentos latinoamericanos y caribeños en nuestras propias tierras? ¿Por qué no facilitar su contacto y el intercambio de sus experiencias en nuestros propios países?

Pienso que resultaría extraordinariamente valioso un acuerdo que facilitara el encuentro sistemático y periódico de nuestros artistas y creadores, de los escritores, de los pintores, de los compositores musicales, de los hombres que trabajan en las artes escenográficas, de suerte que del contacto personal surja la nueva experiencia y eventualmente la chispa de la nueva creación.

De la misma manera, y puesto que nos acercamos a la fecha del V Centenario, valdría tal vez la pena un esfuerzo en que se propusieran determinadas acciones que pudiéramos realizar en conjunto, latinoamericanos y caribeños, probablemente a través de las Comisiones Nacionales respectivas, y que significaran una posición, o al menos un enfoque común sobre el aniversario en puerto de ese acontecimiento.

Los tópicos que he señalado son apenas algunos ejemplos de las muchas empresas conjuntas y proyectos de cooperación que debiéramos explorar. Coproducciones cinematográficas; coediciones; intercambios de estudiantes, profesores, investigadores, artistas e intelectuales; facilidades a la exhibición de obras plásticas; preservación del patrimonio cultural, incluyendo inventarios, registros y técnicas para su conservación; redes informáticas que nos permitan conocer a unos y a otros lo que nos es común; bibliotecas, filmotecas, fonotecas y videotecas multinacionales; fórmulas y mecanismos financieros para

canalizar recursos a la inversión cultural, sin perder de vista la posibilidad de utilizar, para este efecto, los fondos del Banco Interamericano de Desarrollo; son todos temas que en éste y en futuros encuentros debemos revisar, para ir ganando tiempos y espacios en esa posibilidad abierta de la unidad y de la integración latinoamericana y caribeña, y cuyo primer paso necesario es la concertación en materia de arte, cultura y medios masivos de comunicación. Las posibilidades son innumerables y dependen básicamente de nuestra imaginación y voluntad.

SEÑORES MINISTROS:

En 1815 un latinoamericano ilustre, a quien con justicia podríamos llamar el primer latinoamericano, escribió: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un

solo gobierno que confederase los diferentes Estados".

América Latina avanza por ese camino. Esta reunión así lo prueba. Pareciera que, como nunca antes, los latinoamericanos hicimos nuestra la visión de Bolívar. La Carta de Jamaica tiene ahora un eco inusitado. No dejemos desvanecer la ilusión del Libertador y de todos aquellos que han consagrado su mejor esfuerzo al ideal de la unidad latinoamericana. De su sueño, hagamos hoy realidad.